



## HE DICHO, de Miguel Delibes

Destino, Barcelona, 1996, 216 págs., 1.900 ptas.

Hay libros en los que nos interesa la obra –nos han dicho que está bien, que merece leerse– y otros en los que lo que importa es el autor. Pocos autores alcanzan ese nivel y calidad de clásico que justifica y ampara las obras que dan a la estampa. Delibes es uno de estos pocos. Yo recuerdo que de joven, hará cuarenta años, mi hermano Juan y yo comprábamos y leíamos todo lo que salía de Pío Baroja: sus novelas escritas en Francia, durante la guerra civil –*Susana, Laura*, los innumerables volúmenes de sus memorias–. Delibes es un caso parecido. Tiene sus lectores –unos cazadores y otros no– que le conocen y sintonizan con él y por eso leerán sus novelas, leerán sus artículos.

*He dicho* es una colección de artículos y discursos –tan breves como los artículos– que tienen mucho de memorias, de autorretrato. Miguel Delibes escribe siempre de primera mano. Lo que dice, antes lo ha vivido. Nada es libresco, no toca de oído. Lo que dice de las avutardas, las perdices o las tórtolas es tan auténtico y personal como lo que dice de los amigos muertos, y tan de fiar. Cuando habla de cine, es de lo poco que ha intervenido en las adaptaciones de sus novelas a la pantalla, de los directores o los actores a los que ha tratado en tales casos, de los adjetivos que empleó sus diálogos para *Doctor Zhivago*. (Oído a una vecina de butaca: “¡Qué gracia! ¿Te has fijado?, también dicen lameculos en Rusia”).

Delibes habla de sus personajes como de personas que ha conocido. Y al hablar de ellos habla de sí mismo. El novelista, dice, suele ser un hombre de una idea obsesiva que desarrolla en diversas variantes, a lo largo de sus novelas. En su caso, los protagonistas de sus relatos son seres presionados por el ambiente social, perdedores, víctimas de la ignorancia, la política, la organización, la violencia o el dinero. Y pendiente de ellos, obsesionado por hacerlos pasar por vivos a los ojos del lector, se identifica con ellos y cuando pasea, conversa o incluso duerme se sueña actuando por estos otros seres. Ellos –dice en su discurso al recibir el premio Cervantes– evolucionaban, pero el que cumplía años era yo. Se había hecho viejo viviendo las vidas de otros.

El novelista de verdad puede ser también el crítico literario de sus personajes. Y cuando habla de otros escritores, si le interesan en serio, los convierte en personajes, reduciéndolos al secreto que anima a cada individuo novelesco. Y así descubre que la originalidad de Umbral pro-

**Hay aficionados al póquer que ignoran la esencia de este juego que consiste en aspirar a mucho con nada. Ganar con las cinco mejores cartas de la mesa no tiene mérito, lo haríamos igual en cualquier otro juego. Jugar al póquer consiste en jugar con lo que se tiene y con lo que no se tiene, triplicar la apuesta con una escalera de color (cosa que no debe hacerse) o con una pareja de cincos. Los más sustanciosos platos conseguidos por mí en el póquer han sido generalmente de farol. Y para esto no hacen falta cartas sino dominio de uno mismo, oportunidad y cara de póquer. [...] Con quince años y el bachillerato recién terminado yo me pasé los dos primeros años de la Guerra Civil jugando al póquer con cuatro amigos de la misma edad. Dedicábamos al juego tantas horas como un opositor a notarías puede dedicar a la Ley Hipotecaria de manera que, al cabo de unos meses, nuestros gestos eran tan familiares al resto de la mesa que tanto daba ocultar las cartas como descubrirlas. [...] En aquella mesa juvenil todo se intuía lo que equivale a decir que para jugar al póquer como Dios manda es inexcusable cambiar de mesa de vez en cuando. (págs. 195-196)**

viene tanto de su buena relación con la palabra como de su temeridad para emplearla: usa armas de poeta para otros géneros literarios más prosaicos. El crítico que hay en el escritor se revela también en sus confidencias de por qué sacrificaría alguna de sus obras más famosas. No sólo afina en la crítica de sus obras, sino que sabe ser –este libro la muestra– novelista y crítico de sí mismo. Confiesa con gracia sus deudas –en un texto que se publicó en *El Ciervo*. Sabe contar anécdotas y recuerdos y verse como una de sus criaturas. En el breve prólogo dice que a estas alturas de la vida –nació en 1920– es posible que éstas constituyan sus últimas reflexiones. Esperemos que no sea así. *He dicho* anticipa lo que podrían ser unas memorias de Delibes. O de sus personajes. □

LORENZO GOMIS

Noviembre 96